

“¿Ahora creéis? Pues mirad: ... ya ha llegado la hora en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo.” (Juan 16, 29-33)

Los discípulos consideraron que comprendían suficientemente el mensaje del Maestro. *“Ahora sí hablas claro”*. Jesús les pone en su sitio rápidamente: *“me dejaréis solo”, “os dispersaréis cada cual por su lado”* Al mismo tiempo que les anuncia su traición les anima a retomar la andadura del discipulado: *“En el mundo tendréis luchas; pero tened valor, yo he vencido al mundo.”*

El hecho de conocer y comprender el mensaje no parece garantizar la coherencia y la fidelidad. Recuerdo a un profesor que nos repetía a menudo: *“Puedes ser un gran teólogo pero eso no garantiza tu vida de fe.”*

No se trata de minusvalorar el conocimiento sino de ponerlo en su justo lugar. ¡Cuántas certezas intelectuales terminan siendo inocuas en la vida concreta!

Lo peligroso es el proceso psicológico de desgaste y apatía ética a la que conduce la incoherencia. Finalmente, y como dinámica de autojustificación, en lugar de obrar como pensamos terminamos pensando como obramos.

Es importante confrontarnos con nuestras propias incoherencias, llamarlas por su nombre y sentir el aliento del Señor que nos comprende, nos acepta sin condiciones y nos anima a retomar la andadura: *“tendréis que luchar” “tened valor”*.

El llamado a la santidad se traduce en esta lucha personal y comunitaria por ser coherentes con aquello que proclamamos creer, asumiendo la fragilidad personal y la de los demás. Es preciso mantener el impulso por vivir desde nuestra identidad creyente con la sencillez de quien se sabe peregrino y envuelto por el polvo del camino.

¡Cuántas veces he sido testigo del descrédito que algunos compañeros y compañeras dan a los valores Hospitalarios respaldando sus posturas en la incoherencia de quienes los proclamamos! El objetivo no es ser testigos infalibles, sino personas convencidas y suficientemente humildes para reconocer los fallos y retomar día a día el impulso de los ideales a la luz de la Palabra.

Celebramos hoy a María bajo la advocación de Nuestra Señora de Fátima. La llamada a la conversión conforma el núcleo del mensaje dado a los pastorcitos por la Madre. En ese proceso continuo de conversión, nunca nos faltará la presencia y el aliento del Espíritu. María, en Fátima, vino a repetirnos lo que Jesús dijo en su momento a los suyos: *sois débiles, pero no debéis desanimaros, Dios os acompaña en vuestras luchas.*

